

OBRAS DE H. TAINÉ

publicadas por LA ESPAÑA MODERNA.

Taine.—El Arte en Grecia, 3 pesetas.—El Ideal en el Arte, 3 pesetas.—Filosofía del Arte, 3 pesetas.—Florencia, 3 pesetas.—Historia de la literatura inglesa contemporánea, 7 pesetas.—Historia de la literatura inglesa.—Los Orígenes, 7 pesetas.—La Inglaterra, 7 pesetas.—La Pintura en los Países Bajos, 3 pesetas.—Milán, 3 pesetas.—Nápoles, 3 pesetas.—Notas sobre París, 6 pesetas.—Roma (dos tomos), 6 pesetas.—Venecia, 3 pesetas.

OTRAS OBRAS

Murray.—Historia de la literatura italiana.
Dowden.—Historia de la literatura francesa.
Garnet.—Historia de la literatura italiana.

BIBLIOTECA DE JURISPRUDENCIA, FILOSOFÍA É HISTORIA

HISTORIA DE LA LITERATURA INGLESA

POR

HIPÓLITO TAINÉ

de la Academia francesa.

TOMO II

EL RENACIMIENTO

JONSON, SHAKSPEARE MILTON

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

MADRID
LA ESPAÑA MODERNA

Cuesta Sto. Domingo, 16

1900

100684

28354



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. M. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

4112.—Avrial, impresor, San Bernardo, 92. Teléf. 3022.

HISTORIA DE LA LITERATURA INGLESA

LIBRO SEGUNDO

EL RENACIMIENTO

(Continuación.)

CAPITULO SEGUNDO

El Teatro.

- I. El público.—La escena.
- II. Las costumbres del siglo XVI.—Expansión violenta y completa de la naturaleza.
- III. Las costumbres inglesas.—Expansión del temperamento enérgico y triste.
- IV. Los poetas.—Armonía general entre el carácter de un poeta y el carácter de su siglo.—Nash, Decker. Kyd, Poel, Lodge, Greene.—Su condición y su vida.—Marlowe.—Su vida.—Sus obras.—*Tamerlán*.—*El Judío de Malta*.—*Eduardo II*.—*Fausto*.—Su concepción del hombre.
- V. Formación de este teatro.—Procedimientos y carácter de este arte.—Simpatía imitativa.—Oposición entre el arte clásico y el arte germánico.—Construcción psicológica y dominio propio de estos dos artes.
- VI. Los personajes viriles.—Las pasiones furiosas.—Los sucesos trágicos. Los caracteres extremados.—*El Duque de Milán*, de Massinger.—*La Annabella*, de Ford.—*La Duquesa de Amalfi* y *La Victoria*, de Webster.—Los personajes femeninos.—Concepción germánica del amor y del matrimonio.—Eufrosia, Bianca, Aretusa, Ordella, Aspasia, Amoret, en Beaumont y Flechter.—*La Penthea* de Ford.—Concordancia entre el tipo moral y el tipo físico.

El teatro es el fruto original por excelencia del renacimiento inglés, y el que mejor habrá de revelarnos

á los hombres del renacimiento inglés. Cuarenta poetas, entre ellos diez hombres superiores, y el más grande de todos los artistas que con palabras han representado almas; varios centenares de obras y cerca de cincuenta obras maestras; el drama paseado al través de todos los dominios de la historia, de la imaginación y de la fantasía, dilatándose hasta llegar á abrazar la comedia, la tragedia, la égloga y el mundo del ensueño, hasta llegar á representar todos los grados de la condición humana y todos los caprichos de la invención humana, hasta llegar á expresar todas las minucias sensibles de la verdad presente y todas las grandezas filosóficas de la reflexión general; la escena libre de todo precepto, emancipada de toda imitación, entregada y apropiada hasta en sus menores partes al gusto reinante y á la inteligencia pública: había allí una obra enorme y múltiple, susceptible, por su flexibilidad, por su magnitud y su forma, de recibir y conservar la impresión exacta del siglo y de la nación (1).

I

Tratemos, pues, de evocar ante nuestros ojos ese público, ese auditorio y esa escena; todo se enlaza aquí, como en toda obra viva y natural, y, si hubo alguna vez una obra natural y viva, es ésta. Existían ya siete teatros en tiempo de Shakspeare: tan universal era la afición á las representaciones teatrales.

(1) *The very age and body of time, his form and pressure* (la verdadera edad y cuerpo de la época, su forma é impresión).—Shakspeare.

Grandes y toscas construcciones de incómoda disposición y bárbaro ajuar; pero la imaginación calurosa suple fácilmente todas las faltas, y los cuerpos endurecidos soportan sin trabajo todas las molestias. En un terreno fangoso, á orillas del Támesis, se eleva el principal, el *Globo*, especie de abultada torre de seis caras, rodeada de un foso cenagoso y coronada por una bandera roja. El pueblo puede entrar allí como los ricos; hay localidades de seis peniques, de dos y hasta de uno; pero corren parejas con su precio: si llueve, y en Londres llueve á menudo, la gente del patio—carniceros, tenderos, panaderos, marineros, aprendices—tendrán que aguantar á pie firme el chaparrón. Supongo que no les preocupa gran cosa: no hace tanto que se han empezado á empedrar las calles de Londres, y el que está acostumbrado á andar, como ellos, en medio de cloacas y de lodo, no tiene miedo á constiparse. Antes de empezar la función se entretienen á su manera: beben cerveza, cascan nueces, comen fruta, berrean y á veces enarbolan los puños; se los ha visto caer sobre los actores y armar una confusión espantosa. Otras veces, descontentos, se han ido á la taberna á apalearse al poeta ó á mantearle. Son gente amiga de jarana, y no se pasa mes sin que salgan de su tienda al grito de «¡clubs!» (¡á los palos!) para ejercitar sus brazos musculosos. Como la cerveza hace su efecto, hay una gran tina en el patio, depósito singular que todo el mundo utiliza. Sube el olor, y se oye gritar: «¡Que quemem enebro! Se quema con un escalfador en el escenario, y la pesada humareda llena el aire. Positivamente, á las personas que hay allí no las vuelca aquello, ó, por lo menos, no tienen la nariz delicada. En tiempo de Rabelais la limpieza dejaba mucho que desear. Téngase presente que ape-

nas acaban de salir de la Edad Media, y que la Edad Media ha vivido en un estercolero.

Por encima de esa gente, en la escena, están los espectadores que pueden pagar un chelín de entrada, los elegantes, los caballeros. Esos están al abrigo de la lluvia, y, si pagan un chelín más, pueden tener un escabel. A eso se reducen las prerrogativas del rango y las invenciones del bienestar. Se da aún el caso de que falten los escabeles, y entonces los privilegiados mismos se acomodan en el suelo: no es tiempo aquel de remilgos. Juegan á las cartas, fuman, insultan al patio, que les paga con creces en la misma moneda, y por añadidura les tira manzanas. Ellos gesticulan, sueltan ternos en italiano, en francés y en inglés (1), bromean á gritos con expresiones rebuscadas y pintorescas; en resumen: tienen las maneras enérgicas, originales y alegres de los artistas, el mismo humor, el mismo desenfado, y, para completar el parecido, el mismo deseo de singularizarse, las mismas necesidades de imaginación, las mismas invenciones extravagantes y caprichosas, la barba cortada en punta ó en forma de abanico, de azada ó de T, trajes ricos y vistosos, copiados de cinco ó seis naciones vecinas, llenos de bordados, de dorados y colorines, incesantemente exagerados y sustituidos por otros: llevan un carnaval dentro de sus cabezas lo mismo que sobre sus cuerpos.

Con tales espectadores, no hace falta mucho trabajo para producir la ilusión: nada de aparato ni de perspectiva; pocas decoraciones móviles ó ninguna: la imaginación lo pone todo. Un cartel con letras gran-

(1) Ben Jonson, *Every man in his humour*; — *Cynthia's Revels*.

des indica al público que la acción pasa en Londres ó en Constantinopla; y eso basta para que el público se transporte al lugar en cuestión. No se piensa para nada en la verosimilitud. «Tenéis á un lado el Africa (dice Sir Philip Sidney), y al otro el Asia, con tal cantidad de Estados secundarios, que el actor cuando sale á escena, tiene que empezar por advertiros donde está; de otro modo, no se entendería una palabra de lo que dice. Luego aparecen tres señoras que se pasean á fin de coger flores; por donde debe colegirse que la escena es un jardín. Un poco después oímos hablar en el mismo sitio de un naufragio, y debemos mirar ese mismo sitio como una escollo... Llegan dos ejércitos, representados por cuatro espadas y un escudo, ¿y quién tendría alma para no ver allí una batalla campal? En cuanto al tiempo, aún son más liberales aquellos hombres. Por lo común, un príncipe y una princesa jóvenes se enamoran uno de otro; después de muchos contratiempos, ella se queda en cinta, da á luz un hermoso niño; el niño se extravía, se hace hombre y está en disposición de engendrar otro niño... Todo eso en dos horas.» Sin duda, esas enormidades se atenúan un poco en tiempo de Shakspeare; mediante algunos telones, algunas imitaciones toscas de animales, de torres, de bosques, se ayuda un poco á la imaginación del público. Pero, en suma, con Shakspeare, como con los demás, el maquinista es la imaginación del público; menester es que ella se preste á todo, y todo lo supla: que acepte por reina á un mancebo que acaba de hacerse la barba, que soporte en un acto diez cambios de lugar; que salte de un golpe veinte años (1) ó quinientas millas; que tome seis com-

(1) *Winter's tale*; *Cymbeline*; *Julius Caesar*.

parsas por cuarenta mil hombres, y que vea en un redoble de tambor todas las batallas de César, de Enrique V, de Coriolano y de Ricardo III. Todo eso lo hace: ¡tal es de exuberante y juvenil! Acordaos de vuestra adolescencia; en cuanto á mí, las mayores emociones que he experimentado en el teatro las he debido á una compañía ambulante de cuatro damiselas que hacían *vaudevilles* y dramas en el fondo de un café. Verdad es que yo tenía entonces once años. En este teatro, en este momento, no es menor la frescura de las almas: están dispuestas á sentirlo todo, como el poeta á atreverse á todo.

II

Eso no es más que lo exterior. Tratemos de penetrar más adentro, de ver las pasiones, la complexión del espíritu, la intimidad de los hombres. Ese estado interno es el que suscita y modela el drama, como todo lo demás: las inclinaciones invisibles son por doquiera la causa de las obras visibles, y lo interior hace lo exterior. ¿Qué burgueses y cortesanos, qué público es ese cuyo gusto modela el teatro? ¿Qué hay de particular en la estructura y en el estado de su espíritu? Por fuerza ha de ser particular ese estado, cuando de golpe, y durante sesenta años, brota aquí el drama con exuberancia maravillosa, y al cabo de ese tiempo se detiene sin que jamás ningún esfuerzo pueda reanimarle. Por fuerza ha de ser particular esa estructura, puesto que, entre todos los teatros de la antigüedad y de los tiempos modernos, se destaca éste con una forma distinta, y ofreciendo un estilo, una acción, unos

personajes y una idea de la vida que no se encuentran en ningún siglo ni en ningún país. Ese carácter particular es la libre y completa expansión de la *naturaleza*.

Lo que se llama naturaleza en el hombre es el hombre tal y como es antes de que le deformen y rehagan la cultura y la civilización. Casi siempre, cuando una nueva generación llega á la virilidad y á la conciencia, encuentra un código de preceptos que se le impone con todo el peso y toda la autoridad del pasado. Cien especies de cadenas, cien mil especies de lazos, la religión, la moral y los convencionalismos sociales, todas las legislaciones que regulan los sentimientos, las costumbres y las maneras, vienen á trabar y domar al animal instintivo y apasionado que palpita y se encabrita en cada uno de nosotros. Aquí nada que se parezca á eso: es un renacimiento, y no alcanza al presente el freno del pasado. El catolicismo, reducido á las prácticas exteriores y á las vejaciones clericales, acaba de concluir; el protestantismo, detenido en tanteos ó extraviado en sectas, no ha adquirido imperio todavía; la religión disciplinaria está deshecha, y la religión moral no se ha formado aún; el hombre ha dejado de escuchar las prescripciones del clero, y no ha deletreado aún la ley de la conciencia. La iglesia es un punto de reunión, como en Italia; los jóvenes aristócratas van á San Pablo á pasearse, á reír, á hablar, á lucir sus capas nuevas; todo eso ha venido á ser una costumbre; pagan por el ruido que hacen con sus espuelas, y esa contribución es un beneficio de los canónigos (1). Por allí andan pandillas de rateros y

(1) «Entre los seglares había poca devoción; el día del Señor era grandemente profanado y poco observado; apenas iba nadie á rezar en común; varios vivían sin tributar ningún culto